

**Mujeres Españolas del Siglo XX**  
**EL TESÓN Y LA TENACIDAD**  
**II. MARÍA MOLINER**

M<sup>a</sup> DEL CARMEN PÉREZ DE LAS HERAS

*Licenciada en Geografía e Historia. Historia del Arte*  
*Universidad Complutense de Madrid*



UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA  
SEDE SOCIAL: CALLE BRAILLE, 34-5ºB  
28034 MADRID

## MARÍA JUANA MOLINER RUIZ

### “MARÍA MOLINER”

Nació en Paniza, Zaragoza, el 30 de marzo de 1900. Su padre, don Enrique Moliner Sanz, era médico rural, en Paniza, su abuelo paterno, también fue médico rural, y su madre, Matilde Ruiz Lanaja, pertenecía a las familias acomodadas de aquella población. Ella pasó su infancia en este pueblo.

No obstante, su familia destacó por promover los estudios, indistintamente, de los tres hijos que superaron los difíciles años de la infancia, Enrique, María y Matilde. El hermano de María Juana fue fotógrafo y profesor de Matemáticas, la hermana, catedrática de instituto.

El año 1902, toda la familia se trasladó a Almazán, Soria, y muy poco después a Madrid. Una vez en la capital, y según sabemos por la propia doña María, los tres estudiaron en la Institución Libre de Enseñanza. Allí, don Américo Castro, despertó en María el interés por la expresión lingüística.

Ella cursó el bachillerato como alumna libre en el Instituto General y Técnico Cardenal Cisneros entre 1910 y 1915. En 1915 pasó al Instituto General de Zaragoza, aunque no fue alumna oficial hasta 1917 y acabó sus estudios en 1918. En 1921 obtuvo la licenciatura de Filosofía y Letras, en la Sección Historia, con sobresaliente y Premio Extraordinario.

Se incorporó a la vida laboral en 1922, a los 22 años, ingresó en el *Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos del Estado*, ejerciendo en el Archivo General de Simancas, y más tarde en el de Hacienda de Murcia.

En su estancia en Murcia conoció a Fernando Ramón y Ferrando, un joven físico de ideas liberales, hijo de una familia carlista de un pueblecito de Tarragona, que era catedrático en la universidad murciana. Contrajeron matrimonio en la parroquia de Sagundo el 5 de agosto de 1925. Su vida conyugal es armónica y comprometida. En Murcia nacieron sus dos hijos mayores, Enrique, médico, fallecido en 1999, y Fernando, arquitecto.

En 1931 fueron a Valencia, cuando él fue trasladado a la Facultad de Ciencias y ella le consiguió para el Archivo de la Delegación Provincial de Hacienda.

Esta etapa fue una decisiva en su vida posterior, quizá la de mayor plenitud. En Valencia nacieron sus dos hijos pequeños, Carmen, filóloga, y Pedro, catedrático y director de la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de Barcelona, fallecido en 1986. Pues allí entabló amistad con estudiosos como ella; participó en la creación de la Escuela Cossío de Valencia, un proyecto de familias liberales que no deseaban dar a sus hijos una enseñanza tradicional; y, a raíz de esta circunstancia, entró en contacto con la *Institución Libre de Enseñanza*, con el *Instituto Escuela* y con las *Misiones Pedagógicas* creadas por decreto en mayo de 1931, como instrumento de las aspiraciones culturales y educativas del régimen republicano.

Entre 1933 y 1934, fue un periodo que dedicó a dar algunas clases de latín en la escuela Cossío y fue vocal de su Consejo Directivo, así como secretaria de su Asociación de Amigos. En 1934, también, realizó gestiones encaminadas a la creación de una *Biblioteca popular* en la Escuela de Artes y Oficios de Valencia, que no se hizo realidad hasta dos años más tarde, en 1936.

En 1935 participó en el *II Congreso Internacional de Bibliotecas* con el trabajo *Bibliotecas rurales y redes de bibliotecas en España*, tema que nos acerca a sus inquietudes por hacer llegar los libros y el lenguaje a las clases y lugares menos favorecidos.

En septiembre de 1936, a pesar de que ya estaba iniciada la Guerra Civil, pasó a dirigir la *Biblioteca de la Universidad de Valencia*, promocionada por un gran amigo suyo, José Puche Álvarez, que era catedrático de Fisiología y rector de la universidad durante la contienda. Ambos intentaron acoger aquí, con trabajo, a algún intelectual refugiado.

Dejó la biblioteca a finales de 1937, para dirigir la “Junta de Adquisición y Cambio Internacional de Publicaciones” e incorporarse como vocal a la “Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico” de la República.

En 1937 publicó *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*, texto dirigido a los bibliotecarios que trabajaban en bibliotecas rurales de reciente creación, con él aspiraba a hacer realidad la pretensión –quizá la de todos los verdaderos intelectuales del momento– de que la cultura era capaz por sí sola de redimir los males de la sociedad española.

Decía María Moliner en la introducción del texto de 1937: “*Cultura es lo que necesita [los campesinos], que sin ella, no hay posibilidad de liberación efectiva,*

*que sólo ella ha de dotarles de impulso suficiente para incorporarse a la marcha fatal del progreso humano sin riesgo de ser revolcados”.*

Otra de sus obras publicadas, poco antes de que Valencia pasase a manos del ejército franquista, fue su *Proyecto de bases de un plan de organización general de bibliotecas del Estado* (1939).

Al fin de la guerra la situación de su vida había cambiado radicalmente y a partir de ese momento ya no pudo deleitarse con la sensación que vivió en Valencia durante el periodo republicano, se acabaron las posibilidades de hacer proyectos para acercar la cultura, y las mujeres quedaron en una posición muy disminuida frente al sexo masculino.

Fruto de esta nueva situación, resultó depurada con la pérdida de 18 puestos en el escalafón del Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios –que recuperará en 1956–, y su marido fue depurado, reincorporándose tras obtener la readmisión, a la Universidad de Murcia y, por traslado, a la de Salamanca en 1946. María Moliner aprovechó estas ocasión para irse a vivir a Madrid, donde se incorporó en 1946 a la Biblioteca de la Escuela Superior de Ingenieros Industriales, como directora hasta su jubilación en 1970.

Hemos de apuntar que ya en 1945, había comenzado a elaborar las fichas de su diccionario, cuya realización de modo más activo acometió en 1952, momento en que compaginaba familia y profesión, aislándose de todo. Fue una nueva etapa de su vida, al instalarse en Madrid, sus hijos ya están criados, y está separada físicamente de su esposo durante una buena parte de la semana; será un momento en que encontrará el tiempo para dedicarse a su interés intelectual: las palabras.

Su *Diccionario de uso del Español* (1966), es una obra en la que trabajó sola, más de 10 horas diarias durante casi 15 años, elaborando a lápiz miles de fichas que ella misma fabricaba pacientemente con pequeños cartoncitos o, simplemente, doblando cuartillas, es la proyección material de su “pasión por las palabras”.

Es una obra *totalmente original de la muchos han opinado* y podemos recoger citas de la prensa como donde Gabriel García Márquez, le describe como el “*más completo, más útil y más divertido de la lengua castellana*” (cit. *El Mundo*, 13-XII-1998).

Esta obra recoge la riqueza lingüística del castellano y la funcionalidad de un obra organizada con criterios eminentemente prácticos: vocablos y sinónimos agrupados por familias etimológicas, establecidas por relación de ideas; y, sobre todo, palabras vivas no admitidas todavía en las otras recopilaciones pero cotidianamente utilizadas en la calle y los medios de comunicación. La atención de María



Moliner se había centrado, según sus propias declaraciones, en “*el idioma vivo*”, en “*las palabras que tienen que invertirse al momento por necesidad*”.

Sin embargo, esta obra no le reportó el reconocimiento institucional. Más de veinte años antes, había sido publicado por Julio Casares el *Diccionario ideológico de la Lengua Española* (1943), quien desempeñó a perpetuidad el cargo de secretario de la Real Academia Española. María Moliner, en cambio, no mereció el honor de ser admitida por esta institución cuando fue propuesta en 1972 por los académicos Rafael Lapesa y Pedro Laín Entralgo, que pretendían señalar así el alcance de su obra.

María Moliner se jubiló en 1970 y murió en Madrid, en 22 de enero de 1981, aquejada de arteriosclerosis. Y en una de sus declaraciones se quejaba de no haber escrito más de una obra, con la cual hemos de señalar que resultó prolija. Aunque como hemos dejado dicho en esta exposición se ocupó de publicar ayudas continuas a los bibliotecarios y a los que querían acercarse a la lengua.

Si admiramos su obra, también hemos de admirar su humanidad y amor a su familia, según nos dice en la dedicatoria de su diccionario: “*A mi marido y a nuestros hijos les dedico esta obra terminada en restitución de la atención que por ella les he robado*”.